

**A**penas recuerdo a mi padre decir a qué jugaba cuando era pequeño. El punto de referencia para él eran los ocho años, cuando dejó de ir a la escuela y empezó a 'cuidar guarros'.

No soy ajeno al desinterés de los más jóvenes por las 'aventuras' de sus mayores, mas todo parece que fue hace mucho tiempo y que no nos afecta en nada.

Pero la tradición del mundo rural, el juego como medio de relación, como necesidad de comunicarse, como actividad física, ha ido desapareciendo en favor de una cultura urbana estandarizada, con móviles, ordenadores, internet, polideportivos y otros locales de confinamiento, donde ni hace sol ni llueve. Actividades, por tanto, solitarias o dirigidas por adultos, que afectan a la autonomía creativa, a la capacidad para negociar y transigir con nuestros iguales y, en definitiva, a nuestro desarrollo.

En las líneas que siguen me atrevo a hacer un guiño a los niños de mi época y a todos cuantos se sientan identificados con lo que aquí recuerdo, referente a nuestros juegos.

Quiero partir de la descripción de un pueblo de hace casi 50 años, sin agua corriente, calles sin asfaltar, sin recogida de basuras, aguas fecales corriendo por las calles, vehículos a motor contados con los dedos de las manos, sin televisión ni frigorífico, 'bestias' como únicos elementos de carga y transporte, calles, huertos, árboles, animales y solares a disposición de los muchachos para su juego.

Y es que resulta que yo sí que he jugado, y muchísimo: la escuela y la calle fueron mis grandes profesores de la vida.

El juego en la calle solía comenzar en la primera infancia cuando a los cinco años se empezaba parvulito y se volvía de la escuela con todos los demás niños. Antes de los catorce años se dejaba de jugar en la calle; uno ya estaba en el último curso y era mayor que los demás escolares. En octavo se ponía punto final a la EGB y se reclamaba el instituto o el trabajo.

La mayoría de los juegos que se mencionarían más tarde eran juegos de varones, el juego era muy sexista y había muy pocos mixtos.

Desde luego que usaré el nombre que nosotros dábamos a las cosas, ya que los extremeños somos muy dados a renombrar a nuestra manera. Algunas de estas palabras no están en el diccionario (platlillos: chapas de botellas; repión: peonza, trompo; pitera como herida en la cabeza; farrundón como herida superficial) y para otras empleamos el uso a que se destinaba o su aspecto físico (dónde beben los burros: el abrevadero de El Pilar; 'bicho colorao': libélula).

Sólo mencionaré algunos juegos, dejando el tirador, los arcos y flechas, las espadas de madera, las chinas, el látigo, los zancos, el pañuelo y un largo etcétera, para otro momento u ocasión.

Y es que, ¿quién de esa edad no ha pasado horas y horas en El Pilar esperando que se posaran sobre

ALFONSO ESPINOSA RUIZ

## HIJOS DE LA CALLE

«La tradición del mundo rural, el juego como medio de relación, como necesidad de comunicarse, como actividad física, ha ido desapareciendo en favor de una cultura urbana estandarizada»



Tirando de la soga, uno de los juegos más tradicionales. :: HON

sus cañas pinchadas en el barro los 'bichos coloraos'? ¿Quién no ha salido de allí picado por las avispa que también rondaban los regueros del agua que se vertía de los bebederos de los burros? ¿Qué paciencia infinita requería crear confianza en el bicho para, poco a poco, aproximarse más y pillarlos del rabo! Todavía recuerdo el zumbido de las alas al querer escapar de la trampa que los dedos pulgar e índice le habían tendido. ¿Y los que se iban dejando el rabo entre nuestros dedos? Donde beben los burros fue la primera piscina para muchos y única, seguro, para algunos. También de allí salían con cortes de latas o botellas.

En cuanto al juego de los platillos, se empezaba con la búsqueda de los más coloridos y bonitos y su posterior machacado hasta volverlos completamente planos con la ayuda de una piedra redondeada y que nos jugábamos dejándolos caer desde una raya hecha en la pared.

En el juego del repión se chupaba la punta de la cuerda para que hiciera más agarre, insertando en el otro extremo un platillo agujereado en el centro, o mejor, una moneda de dos reales (50 céntimos de peseta), que ya traía el

agujero, y lo arrojábamos al suelo haciéndolos 'repiar', por simple distracción o para sacar a otros que habían quedado parados dentro de un círculo dibujado en el suelo. ¿Qué miedo los que lanzaban con tanta fuerza que rompían la madera de otros repiones! También resultaba muy divertido coger el repión en la palma de la mano y pasarlo a otra mano.

Si todos nos sentábamos en un umbral o en un banco y movíamos el culo para echar del asiento a los demás, estábamos jugando a 'la gata paría'.

Sobre terreno húmedo o barrizal, y con la picota en la mano se dibujaban varios cuadrados en el suelo, perpendiculares a los jugadores. La salida era pinchar directamente, desde la primera raya del primer cuadro, en el más próximo y terminar por el último, realizando siempre el recorrido completo por todos los cuadros. Piedras, terreno muy blando o impericia con la picota (pincho metálico) hacían que no se clavara y se perdiera el turno. No siempre tenías la suerte de terminar el juego con las botas 'katiuskas' sin agujero.

Con un palo de un par de centímetros de diámetro y un metro de largo (malillera), y otro de la mis-

ma madera, de poco más de una cuarta de largo y con las puntas afiladas para hacerlo saltar, jugábamos al palillo. Existían distintas variantes del juego. Lo normal era colocarse dentro de un círculo, arrojar el palillo al aire y golpearlo con la malillera lo más lejos posible. Quien la 'pinchaba' intentaba introducir el palillo en el círculo y ocupar el lugar del que mandaba. Si no lo conseguía a la primera, quien mandaba debía alejar de nuevo el palillo lo más posible del círculo, pero ahora golpeando en alguna de sus puntas y darle en el aire.

Un único 'guá' y un 'bolindre' por jugador eran lo necesario para jugar a los bolindres. Había que evitar que te hicieran 'chínche' (chocar el bolindre contra el tuyo) y procurar hacerlo tú para, posteriormente, hacer guá y conseguir algún punto. La apuesta consistía en ganar bolindres a los otros. No todos los bolindres valían igual, pues cada uno tenía sus preferidos, influyendo tamaño y colorido.

Para jugar a 'entera' se hacía una raya perpendicular en el suelo. Tras la raya se colocaba el burro, que era un jugador con la espalda flexionada hacia adelante y

los codos sobre las rodillas. El jugador que mandaba, saltaba el primero e indicaba a los demás la forma de saltar. Si decía 'entera' había que saltar sobre el potro de forma convencional, 'media' consistía en poner un pie entre la línea y el potro antes de saltar; 'punque' consistía en dar una patadita en el culo del burro a la vez que se saltaba, y 'bomba' en dar un pequeño culazo al potro antes de pisar el suelo al terminar el salto.

Después de cada tanda de saltos el burro se alejaba un paso de la línea de salto, resultando éste más complicado. Quién no ejecutaba el salto correctamente pasaba a ser 'el burro'.

En 'las mulas corrías' el que saltaba el burro se colocaba él mismo a continuación. Por tanto se trataba de una cadena donde nadie perdía ni ganaba, todos hacían de burro y todos saltaban, sin más límite que el cansancio.

'El aro' era una circunferencia de metal, que rodaba por el suelo empujado y dirigido por una guía. La diversión consistía en recorrer calles y calles sin que dejase de rodar.

Cualquier superficie era buena para hacer 'la vuelta al carnero', que no era más que la voltereta tradicional, haciéndose una o mil veces y hasta llegar a marearse un poquito en muchas ocasiones.

Casi todos los niños trepábamos perfectamente por árboles y farolas. Hacíamos muchas veces 'el pino', sobre cualquier superficie vertical. Y no todos llegábamos a conseguir separarnos de la pared y andar con las manos en esta posición.

'El Parque' de entonces era ideal para jugar a 'la vuelta (escondite)'. Hacíamos la trampa de intercambiar la camiseta con otro jugador para no ser identificados por quien nos buscaba. Quien, de los escondidos, llegaba 'a casa' antes que el que contaba decía 'levantaba la maya por mi primero y por todos mis compañeros', salvando a los que habían sido encontrados y comenzando de nuevo el juego tal como estaba.

Era normal llevarnos 'en cuetas' (a cuetas) y 'en trunche' (sobre los hombros).

La Peña Monteras, las Canchalesas o el Arroyo de la Calera también formaban parte de nuestras correrías, aunque eran lugares más alejados del pueblo y estaban prohibidos para muchos, siendo los ríos Matachel y Guadiana los que gozaban de una prohibición especial y a dónde no se debía ir sin la compañía de un adulto.

Las piteras, los farrundones y los porrazos (palabras que se encuentran en diccionarios populares de algunos municipios extremeños) eran marcas de todos, pero especialmente de los más osados y de los menos hábiles.

Por tanto, la energía natural de los niños de hace 40 años quedaba bien desahogada con estos juegos y si hacemos honor al latinismo 'mens sana in corpore sano', acordemos que, a esos cuerpos ejercitados no correspondía más que una mente también sana.